

tentándose con lo que para Él habían hecho José y Nicodemus, queriendo ellas también gastar sus pocas facultades en ungrle abundantemente: fueron prudentes, escogiendo el tiempo oportuno para llevar á cabo esta obra, dejando pasar el día de fiesta, porque, para satisfacer lo que es sólo devoción, no debe prescindirse de la obligación; fué activa y diligente y con grande fortaleza y constancia, porque á la primera hora del domingo, cuando ya no las obligaba la fiesta del sábado, sin temer la obscuridad de la noche, ni la rabia de los judíos, ni la severidad de los guardas, van al sepulcro, aunque sabían que la losa que cerraba su entrada era tal que no la podrían ellas quitar. Sin embargo, confiadas en Dios, pasan adelante sin detenerse. ¡Felices mujeres! Presto experimentaréis el premio de vuestra devoción. Antes de llegar al sepulcro, ven desde lejos que la losa está quitada y la entrada franca; llegadas á él, un hermosísimo ángel las saluda y les comunica la más grata noticia. ¡La resurrección de Jesús! ¡Por cuán bien empleado darían su trabajo! Sin duda no sentirían el haber madrugado previniendo la luz del día, ni el haberse expuesto á algún peligro para honrar á su divino Maestro. ¿Por qué no imitamos nosotros la devoción activa, prudente y generosa de estas santas mujeres? ¿Qué nos conviene proponer para esto? Reflexionémoslo; propongamos con firmeza, y pidamos por nosotros y por todos.

#### DOMINICA DE CUASIMODO.

PRELUDIO 1.º El mismo día de la Resurrección, al anochecer, aparecióse Jesús á sus Apóstoles, y les dió el Espíritu Santo. Ocho días después, estando santo Tomás, aparecióse de nuevo para convencer y convertir á este discípulo incrédulo.—(Joan., xx, 19-31.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á los Apóstoles reunidos y á Jesús entrando en donde estaban.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de confiar en Dios y conservar viva nuestra fe.

**Punto 1.º** Considera cómo el día mismo de la Resurrección del Señor, al anochecer, hallándose los discípulos congregados, y teniendo las puertas cerradas, por miedo de los judíos, presentóse Jesús, y se puso en pie en medio de ellos, diciendo: «La paz sea con vosotros». Acerca de esta aparición del Señor á sus discípulos has de ponderar la bondad de este buen Padre, que, aunque había prometido dejarse ver de ellos en Galilea, no quiso retardar tanto tiempo el consolarlos; antes, en el mismo día de su resurrección decidió dejarse ver de ellos, darles la paz, librarles de la turbación en que se hallaban, y comunicarles abundantísimos dones del Espíritu Santo. Mas no quiere aparecéseles á la mañana, como se había aparecido á la Magdalena y á las demás mujeres, sino al anochecer; ya porque había algunos muy incrédulos, y convenía que fuesen disponiéndose paulatinamente para recibir el fruto de la aparición; ya porque se acrecentasen

en los más fieles los deseos que tenían de verle; ya para enseñarnos á esperar con humildad y confianza la visita del Señor; el cual, cuando menos pensamos, se digna consolarnos y venir á prestarnos auxilio. De parte de los discípulos has de aprender las disposiciones con que debes prepararte para la divina visita: están congregados en un lugar, tienen las puertas cerradas y hablaban de la resurrección del Señor, como dice san Lucas. Si tú deseas disponerte para los favores del cielo, procura la unión con tus prójimos, cierra con el recogimiento y presencia de Dios las ventanas de tus sentidos, y ocúpate en santas meditaciones y piadosas conversaciones. ¡Oh amabilísimo Jesús! Venid á mi alma turbada con mucha inquietud, dadla una paz sólida, perfecta y duradera, de modo que, sin temor á sus enemigos, trabaje constantemente por vuestra gloria.

**Punto 2.º** Considera cómo al tiempo que Jesús se apareció á sus amados discípulos, no se halla con ellos Tomás, uno de los doce Apóstoles; y habiéndole dicho los demás que habían visto al Señor, no lo quiso creer, durando en su pertinaz obstinación por espacio de ocho días. Mira los defectos en que cayó Tomás en esta ocasión, para prevenirte contra ellos, y no dejarte engañar del astuto enemigo que en ellos le hizo caer. Fué incrédulo, no queriendo dar fe á la resurrección del Señor, á pesar de la solidez de las pruebas que tenía; pertinaz en su mal juicio, durando ocho días en él, no haciendo caso de lo que le decían sus discípulos y aun quizá la misma Virgen Santísima; presuntuoso, señalando el medio que le había de inducir á creer. Todo esto procedió en parte de alguna secreta soberbia y de la poca unión con sus hermanos, separándose fácilmente de ellos, haciéndose singular y olvidándose de lo que dice el Espíritu Santo. «¡Ay del solo, que si cae no tiene quien le levante!» Pondera luego la benignidad, ternura y caridad de Jesús, el cual, sin tener ninguna necesidad de aquel discípulo, sólo por hacerle bien, y para apartarle de la peligrosa pendiente en que se hallaba, se apareció de nuevo á los Apóstoles á los ocho días, estando él con ellos. Contempla á este amoroso Pastor cómo atrae á su redil á esta oveja que empezaba á descarriarse; cómo se humana hasta permitirle y mandarle que cumpla el deseo de tocar sus llagas y meter la mano en su costado; cómo le exhorta á que no sea incrédulo, sino fiel; y, finalmente, cómo llama bienaventurados á los que, como nosotros, sin ver creemos. ¿Qué dice todo esto á tu corazón? ¿Cómo has de aprovechar estos avisos y ejemplos de Jesús? ¿No huirás de los defectos de Tomás? ¡Oh Salvador mío! Gracias os doy por la ternura y amor con que recogisteis á vuestro discípulo extraviado. Mirad cuántos hay en estos días que se apartan del buen camino, y caen en incredulidad. Llamadlos con eficacia para que vuelvan á vuestra escuela y os confiesen por su Dios y Señor, digno de toda honra y gloria.



**Epílogo y coloquios.** ¡Cuánta es la ternura y amor con que Jesús vela por sus amados discípulos! Jamás ninguna madre ha cuidado tan esmeradamente de su hijo como Él cuida de nosotros. Había prometido manifestarse resucitado á sus Apóstoles en Galilea. Pero sus entrañas paternas no consienten el diferir por tanto tiempo el hacerles tan grande bien. En el mismo día de la resurrección los ve reunidos en el cenáculo, miedosos á causa del furor y amenazas de los judíos, hablando de los misterios que se habían obrado aquella mañana, y de repente, sin abrir las puertas, se presenta en medio de ellos, calma su corazón, disipa sus temores, dales la paz, y los confirma con sólidas razones en la fe de su doctrina. ¡Cuán acreedor se hace Jesús á toda nuestra confianza, amor y obediencia! Pero el amor de Jesús no está satisfecho. Uno de sus queridos Apóstoles se ha apartado de sus condiscípulos, y alucinado por la soberbia, ha venido á caer en reprehensible pertinacia, extraña incredulidad y dureza de juicio. Para sacarle de tan triste estado, Jesús visita de nuevo á sus discípulos, habla á Tomás, confírmale en la fe, y reprendiendo su incredulidad, nos da un eficaz motivo de consuelo á los que, sin verlas, hemos creído. ¿Quién no amará á tan amantísimo Señor? ¿Qué hemos hecho nosotros hasta ahora? Comencemos desde hoy mismo á entregarle todo nuestro corazón, sin reservar cosa alguna; formemos resoluciones muy eficaces acerca de esto, y, con amorosos coloquios, pidamos por nosotros y por todos aquellos que se han recomendado á nuestras oraciones.

#### DOMINICA II DESPUÉS DE PASCUA.

PRELUDIO 1.º En el Evangelio de hoy dice Jesús que es el buen Pastor, que conoce á sus ovejas y da por ellas su alma, y que su deseo es que haya un rebaño y un pastor.—(Joan., x, 11-16.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús diciéndonos que es el buen Pastor.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de ser verdaderas ovejas de Cristo, y que nos conozca por tales.

**Punto 1.º** Considera aquí con cuánta razón se apellida Jesús el buen Pastor. Él es nuestro Pastor excelentísimo, dotado de un modo eminente de todas las cualidades que á un pastor convienen. Él es el Señor y dueño nuestro absoluto, y nosotros, como dice David, somos las ovejas de su pasto: es sapientísimo, sobresaliendo entre todos los hombres, como el pastor sobre sus ovejas: es poderosísimo, para librar á sus ovejas de todo peligro, y llenarlas y abastecerlas de todo bien; es, por fin, amantísimo de sus ovejas, amándolas con divina caridad, hallándose dispuesto á sacrificarlo todo por el bien de ellas. Pondera cómo este buen Pastor conoce á sus ovejas, y no solamente en lo ex-

terior de ellas, sino en lo interior, penetrando en lo más secreto de su corazón, leyendo con perfección en él todas las intenciones, deseos, pensamientos, sin que nada pueda ocultársele. Las señales en que funda este conocimiento, y por las cuales este buen Pastor distingue sus ovejas de las que no le pertenecen, son: caridad fraternal, obediencia á su divina voz, mansedumbre, temor de pecar, y paciencia en las adversidades y trabajos. Vuelve ahora sobre ti la consideración, y, admirando por una parte las sublimes cualidades de este buen Pastor, que le hacen infinitamente digno de ser amado, y por otra la carencia en que te hallas de los caracteres de las ovejas de Jesús, humíllate profundamente, conociendo tu miseria; pide á este amoroso Pastor que te ilumine y guíe por buen camino, y te preserve de seguir á otros pastores que te aparten de él. ¡Oh Pastor soberano! Tanto me habéis amado, que no vacilasteis en dar por mí la vida; pues habéis hecho lo más, haced ahora conmigo lo menos. Libradme de los lobos infernales; comunicadme aquellas cualidades que deben poseer vuestras ovejas, á fin de que merezca ser contado entre ellas, y logre el premio que les tenéis preparado en el cielo.

**Punto 2.º** En este punto has de reflexionar cómo no todos los que se presentan como pastores de las almas lo son en realidad. ¡Cuántos hombres pretenden ser honrados como maestros, guías y pastores, siendo así que no son sino ladrones que desean robar y matar las ovejas de Cristo; ó mercenarios que, buscando sólo su interés, no cuidan de las ovejas como si fueran propias, buscando sus particulares comodidades, no los intereses del buen Pastor; no quieren sacrificar cosa alguna para provecho de las ovejas, ni el reposo, ni los bienes, ni la salud, ni los entretenimientos, ni el amor propio; y si no sacrifican su hacienda, mucho menos sacrificarán su vida, como dice san Gregorio! Son, además, duros con las ovejas, sin compadecerse de las débiles, enfermas y tiernas; y cuando viene el lobo, esto es, cuando se presenta algún peligro para las ovejas, lejos de defenderlas, ayudarlas y librarlas de él, huyen, no dejando el lugar, destino ó ministerio, sino negando el consuelo y socorro; huyen, porque viendo la injusticia, callan; huyen, porque podrían remediar el mal, y no lo hacen; huyen, porque ven las ovejas que se van extraviando, y por orgullo ó por pereza no las vuelven al redil. Vive con cuidado, si el Señor te ha colocado para pastor de su rebaño, no caigas en tan peligroso escollo. Acuérdate de las amenazas del Señor contra tales pastores. Si eres oveja de Cristo, preciso es que te esfuerces en conocerle cada día con mayor perfección, meditando sus grandezas, estudiando sus ejemplos y considerando sus preceptos, consejos y enseñanza. Procura conocer los tesoros que hay en Él escondidos, su divinidad con todos los atributos que le son propios, su humanidad con todas las virtudes que en ella



ejercitó, á fin de despertar en ti la confianza, el amor, la imitación y demás afectos que te unen con Él. ¡Oh alma mía! Si quieres ser oveja de Cristo, y que este Señor te reconozca por suya, debes conocer á tu Pastor, seguirle con fidelidad, y aprovecharte del pasto de doctrina y Sacramentos con que te regala. Desprecia los pastos que te ofrece el mundo; aborrece los alimentos con que te brinda el demonio, y busca todo tu contento en los pastos de Jesucristo.

**Epilogo y coloquios.** ¡Con cuánta razón se apellida Jesús el buen Pastor! Jamás ha visto el mundo otro que reuniese los títulos que Él para darse tan dulce nombre. Teniendo un absoluto dominio sobre nosotros, que somos sus ovejas, es sapientísimo para conocerlas, riquísimo para sustentarlas, poderosísimo para defenderlas, y amantísimo para sacrificarse por ellas. ¡Cuán insensatos seremos si, dejando á este amoroso Pastor, vamos á ponernos bajo la dirección y obediencia de otros que, llamándose tales, son contrarios á Él, no aceptando su doctrina y menospreciando sus enseñanzas. Todos los que, sin particular vocación de Dios, se atribuyen este honroso oficio, son, ó ladrones que quieren matar á sus ovejas, ó mercenarios que, olvidándose de ellas, sólo atienden á sus intereses propios. Abramlos, pues, los ojos; no depositemos jamás nuestra confianza en aquellos que se muestran enemigos de Jesús; procuremos conocer con perfección á este amante Pastor y á los que legítimamente le representan. Mas ¿qué resoluciones y propósitos nos conviene formar para alcanzar todo esto? Pensémoslo; y luego de conocido, confirmémoslos con ardientes y confiadas súplicas, rogando por nosotros y por todo el mundo, en particular por la conversión de los herejes y pecadores.

#### DOMINICA III DESPUÉS DE PASCUA.

PRELUDIO 1.º Jesucristo anunció á sus discípulos que se separaría de ellos por poco tiempo, y que después les visitaría; pronosticóles la tristeza que habían de pasar por esta causa, pero que su tristeza se convertiría en gozo.—(Joan., xvi, 16-22.)

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús hablando estas palabras á sus discípulos.

PRELUDIO 3.º Pide grande conformidad con la voluntad de Dios.

**Punto 1.º** Considera cómo Jesucristo, queriendo prevenir á los Apóstoles para las pruebas por las que habían de pasar, les dijo: «Dentro de poco ya no me veréis; mas poco después me volveréis á ver; porque voy á mi Padre». Mucho nos importa estar preparados para las luchas con que nos combate el demonio siempre toleramos con más fortaleza aquellos males para los cuales nos hemos preparado con el escudo de la previsión. ¡Cuán reprehensibles son los hombres! Se previenen para combatir los males temporales que les amenazan, y apenas se acuerdan de los

enemigos de su alma, que los rodean, y de los males espirituales en que pueden caer á cada momento. Mira las continuas vicisitudes á que estás expuesto mientras vives en la tierra. En orden á los bienes corporales, ya tendrás salud, ya estarás enfermo, ya nadarás en la abundancia, y todo te saldrá á pedir de boca, ya te verás afligido por los contratiempos y calamidades. Acerca de los bienes y estado de tu alma, unas veces estarás triste, otras alegre, ora tentado, ora en paz; ya devoto y recogido, ya seco y distraído. Todo esto permite el Señor para que te acostumbres á mirar este mundo como un destierro, en el cual no puedes pretender descanso y regalo, sino tribulación, angustia y dolor, preparándote para la venida del Supremo Juez con el ejercicio de las virtudes y buenas obras. Si así lo haces, después de un tiempo breve verás á Jesús, que viene á recibirte con una brillante corona en la mano, para premiarte eternamente. ¿Qué haces, pues, en vista de todo esto? ¿Qué juicio formas del mundo? ¿Cómo miras esta tierra miserable? ¿Te preparas para las tentaciones que te amenazan? ¡Oh cristiano! Sé sabio y escucha el documento que el Señor te da, diciéndote: «Un poco de tiempo y no me verás, y después de otro tiempo me verás». Pórtate como si hoy mismo hubieses de ver á Jesús en su divino tribunal.

**Punto 2.º** Vosotros lloraréis y os afligiréis, y el mundo se alegrará; mas vuestra tristeza se convertirá en un gozo tal, que nadie os lo podrá quitar. En estas palabras, el divino Salvador describe el estado habitual de sus discípulos en la tierra, opuesto totalmente al de los mundanos. Si eres discípulo verdadero de Jesús, gemirás y llorarás en este mundo, considerándote como desterrado, expuesto á mil peligros, perseguido de innumerables enemigos, herido con muchos pecados, y contemplando á tu alrededor un sinnúmero de almas que se pervierten y se van al infierno. Mas en este mismo llanto serás bienaventurado, no sólo por las gracias y consuelos que en él recibirás de tu Dios, hasta poder decir con el Apóstol: «Sobreabundo de gozo en todas mis tribulaciones», sino porque, cuando menos pienses, tus lágrimas se convertirán en goces soberanos, cordiales, y tan íntimos, que nadie podrá privarte de ellos. No serán estas alegrías como las de los mundanos, que pueden ser disipadas por el más ligero contratiempo; un revés de fortuna despoja de ella al avariento que las cifra en las riquezas; una enfermedad priva de ella á aquel padre que la pone en la hermosura y gallardía de su hijo; y, lo que es más, los mismos hombres, con su loca imaginación, no pocas veces se roban á sí mismos la sensible alegría de que disfrutaban. La alegría que el Señor concede á los justos en premio de las tristezas que aquí padecieron por su amor, es de otra condición; nada absolutamente puede quitarla; porque se funda en Dios, y Dios está sobre todas las cosas. ¿Deseas par-



ticipar algún día de esta alegría infinita? ¿Procuras ser ahora verdadero discípulo de Jesús? ¡Oh Dios mío! No quiero yo la alegría de los mundanos, que se ha de convertir en llanto, ni la tristeza diabólica, que es polilla para el corazón humano. Si queréis que esté triste, dadme parte en vuestra tristeza, de modo que me aflija por las mismas causas que á Vos afligieron, y pueda después gozar de la alegría de que estáis ahora lleno.

**Epílogo y coloquios.** ¡Cuánto importa estar preparado para los males, calamidades y trabajos que nos pueden asaltar! Jesús lo demuestra en el Evangelio de hoy, recordando á los suyos la soledad y triste abandono en que se han de ver, las crueles persecuciones que habrán de sufrir, y las terribles tentaciones á que se verán expuestos. Los cambios, vaivenes y mudanzas en este mundo son continuos. Toda la vida del hombre en lo espiritual y en lo corporal está tejida de la más triste variedad. Tristeza y alegría, alabanzas y desprecios, abundancia y escasez, salud y enfermedad: tales son los compañeros inseparables que incesantemente se van sucediendo en nuestra peregrinación. ¡Dichosos nosotros, si por ser discípulos de Jesús podemos sufrir algo! Nuestra tristeza se convertirá en alegría, y será ésta tanto más intensa, cuanto más profunda fué aquélla. Mas ¡ay de nosotros si ahora nos entregamos á una alegría reprensible! Presto se convertirá en tristeza. ¿Qué preferimos, pues? ¿Deseamos ahora la tristeza con esperanza de disfrutar eternamente de deliciosa é inefable alegría, ó preferimos lo contrario? Seamos sensatos y prudentes; y pues el Señor nos ha concedido la fe, obremos según ella nos exige. Para esto, insistamos en hacer propósitos y súplicas, sin olvidar las necesidades generales y particulares, propias y ajenas.

#### DOMINICA IV DESPUÉS DE PASCUA.

PRELUDIO 1.º Jesucristo, deseando aliviar la tristeza de sus Apóstoles, les promete el Espíritu Santo, y les anuncia los efectos que en ellos y en el mundo causará.—(Joan., xvi, 5-14.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús hablando á sus Apóstoles, y á nosotros entre ellos oyéndole.

PRELUDIO 3.º Pidamos grande desprendimiento de todas las cosas y conformidad con la voluntad del Señor.

**Punto 1.º** Considera cómo Jesucristo, viendo á sus amados Apóstoles afligidos por la próxima separación que temían, parte por corregirlos blandamente, parte para aliviar la tristeza desordenada en que estaban sumidos, les dijo: «Voy al Padre que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿adónde vas? Antes, porque os he dicho estas palabras, vuestro corazón se ha llenado de tristeza». Muchos son los cristianos que, como los Após-

toles en esta ocasión, viven muy inquietos por lo presente: preocupales la salud del cuerpo, los intereses, los honores, empleos; desearían saber el desenlace que tendrán las cosas variables de este mundo y de la política humana, y apenas piensan en su porvenir eterno. ¡Cuán contados son los que á menudo se preguntan, como debieran hacerlo: *Quo vadis?* ¿Adónde vas? La vida que llevas, las costumbres que tienes, ¿adónde te conducen? Al cielo, á gozar de tu Amado, ó al infierno, á rabiarse con tus compañeros? Reflexiona que la tristeza es buena y laudable cuando viene de Dios, y tiene por origen el pecado, y produce la penitencia; pero no lo es; antes es reprensible y desagrada á Dios, cuando se funda en el amor de una cosa sensible, amada con algún desorden. Los Apóstoles se entristecen porque ven acercarse el momento en que se verán separados de su divino Maestro y privados de su presencia corporal, visible y ordinaria; y esta tristeza, al parecer tan justificada, es reprendida por el Señor. ¿Nos dejamos llevar nosotros de esta desordenada afección cuando nos faltan los consuelos sensibles? ¡Oh Maestro soberano! Ilustradme con vuestra sabiduría divina, para que sepa regir y gobernar mi corazón, no permitiendo que se alegre de lo que debe entristecerle, ni que se entristezca de lo que debiera alegrarse; sino que, guiado por vuestro espíritu, piense siempre, hable y obre del modo que os sea agradable.

**Punto 2.º** Deseoso el Salvador de templar y aliviar la tristeza que tenía tan abatidos á sus amados Apóstoles, les prometió enviarles el Espíritu Santo, asegurándoles que en su venida acusaría y convencería al mundo de pecado, de justicia y de juicio, y que á ellos les enseñaría toda verdad. ¡Qué promesa tan espléndida y generosa! ¿Quién podrá comprender el cúmulo infinito de bienes que en ella están encerrados? El Espíritu divino convence al mundo de pecado, patentizando la culpa en que incurren los mundanos que no quieren abrazar la fe de Jesucristo: de justicia, manifestando con claridad y dando testimonio de la justicia y santidad de Jesús, el cual por sus obras mereció ser clarificado en su resurrección y subir á su Padre: de juicio, probando con evidencia que deben ser juzgados con la misma severidad y rigor los mundanos que lo ha sido su cabeza y príncipe Lucifer. ¿Cómo es que no detestemos y aborrezcamos á un mundo que tiene contra sí el testimonio del divino Espíritu? ¡Ah! Es que quizá no nos guía esta divina luz; y así no podemos llamarlos todavía hijos de Dios, porque no somos de aquellos á quienes mueve el Espíritu divino. El cual, no sólo ha venido para condenar y reprobar al mundo, aprobando y confirmando la doctrina de Jesús, sino también para enseñarnos toda verdad en orden á Dios, á nosotros mismos y á nuestros prójimos: toda verdad ya acerca de lo pasado, ya sobre lo presente, ya también sobre lo venidero: toda verdad sobre las cosas invisibles y las



cosas visibles. ¿Qué nos enseña á nosotros el divino Espíritu? ¿Cómo oímos sus enseñanzas? ¡Oh Maestro soberano! Enseñadme interiormente lo que he de hacer y practicar actualmente para huir del mundo pecador, seguir á Jesús justo y librarme del juicio que merecen los seguidores del demonio; enseñadme á regir mis deseos, dominar mis pasiones, corregir mis afectos y amaros con toda perfección.

**Epílogo y coloquios.** ¿Quién no se alentará, al considerar los bellísimos y prácticos documentos que Jesús da en esta ocasión? Ve á sus amados discípulos excesivamente tristes á causa de la próxima y violenta separación que les anuncia; y, deseoso de templar una pasión que puede conducir al alma á lamentables caídas, los consuela y anima, recordándoles que pronto les enviará el divino Espíritu, el cual condenará al mundo réprobo y perseguidor de la virtud, y llenará á ellos de toda luz y verdad, descubriéndoles y declarándoles todo cuanto les conviene saber en orden á Dios, á sí mismos y á los prójimos; todas las cosas visibles é invisibles, lo pasado, lo presente y lo venidero. Parece imposible que tan ilustres promesas no aliviassen el corazón afligido de los discípulos del Señor. ¡Ah! Es que se preocupaban mucho por lo presente, y no preguntaban á Jesús adónde iba, esto es, no querían pensar siquiera en lo por venir. De aquí procede también que las promesas de Cristo no te consuelan. Tienes afición á este mundo miserable, y poco á la gloria que esperas. Tu corazón está apegado á la tierra y no se preocupa por el cielo. ¿Hasta cuándo serás tan necio y ciego? Piénsalo, propón y ruega con fervor.

#### DOMINICA V DESPUÉS DE PASCUA.

PRELUDIO 1.º Jesucristo exhortó con palabras encarecidas á los Apóstoles á la oración, señalándoles el modo de hacerla, dándoles motivos poderosos de confianza. — (Joan., xvi, 23-30.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús dando estas divinas instrucciones á sus Apóstoles y á nosotros con ellos.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de saber orar.

**Punto 1.º** Considera cómo Jesús, hallándose próximo á dejar, según su presencia corporal, visible y ordinaria, á sus Apóstoles, trató de aliviar la grande tristeza que tal separación les causaba, ordenándoles un remedio eficaz para todos los males espirituales y corporales que puedan afligir al hombre, diciéndoles: «De verdad os digo que si alguna cosa pidiereis á mi Padre en mi nombre, os lo concederá. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea lleno». La oración es la medicina que cura todas nuestras enfermedades; en ella encontraremos luz cuando el Señor nos deje en

tinieblas, consuelo cuando estemos tristes, seguridad cuando nos hallemos fluctuando entre temibles incertidumbres, fortaleza cuando nos sintamos tentados, y resolución firme de salir de la culpa cuando hubiésemos caído. Mas considera cómo esta oración, para que produzca bienes tan soberanos, ha de hacerse en nombre de Cristo, y ordenarse á la consecución de un gozo lleno. Ora en nombre de Cristo aquel que se apoya y confía, no en sus propios méritos, sino en los de Cristo, y aduce, no sus propias virtudes y obras santas, para mover la divina misericordia, sino las obras y trabajos de Cristo; aquel que ora como discípulo de Cristo, como miembro del cuerpo cuya cabeza es Cristo, con espíritu de cumplir el encargo de Cristo; aquel, en fin, que pide cosas convenientes para la salvación y que pueden pedirse en el nombre del Salvador. El gozo lleno que se debe pretender y buscar en la oración, no es el que producen los bienes temporales y materiales, sino el que nace de la gracia y de la caridad, que nadie puede quitar. ¡Oh Redentor mío! Gracias os doy por habernos concedido un medio tan poderoso para obtener todos los bienes, cual es la oración. ¿Cómo podré yo pagaros tan señalado beneficio? Quiero por vuestro amor dedicarme constantemente á ella, pidiendo á vuestro Padre, en nombre vuestro, las cosas que pueden dar á Vos grande gloria y á mí un gozo lleno.

**Punto 2.º** Para mejor despertar en nuestra ánima la confianza tan necesaria para la oración, consideremos en este punto los motivos de ella, que recuerda el Salvador á sus Apóstoles. «Cuando pidáis en mi nombre, excuso deciros que Yo también rogaré por vosotros á mi Padre; aunque de esto no había necesidad, puesto que mi Padre os ama, pues vosotros me amasteis, y creísteis que salí de El». ¡Oh palabras dignas de toda ponderación, en las cuales se esconde un tesoro infinito de confianza y seguridad en la bondad y misericordia de Dios! Si oramos en el nombre de Jesucristo, este divino Señor á orar también por nosotros y con nosotros; y El ha sido siempre oído por su reverencia, como dice el Apóstol. El mismo Padre Eterno nos ama como á hijos muy amados, y, como Padre amantísimo, desea infinitamente hacernos felices por toda la eternidad. Él desea que le pidamos, porque con nuestras oraciones reconocemos su majestad, grandeza y dominio absoluto sobre todas las cosas; porque con la oración confesamos nuestra pequeñez, miseria y pobreza; porque con ella testificamos la excelencia de los dones que esperamos, y porque ella es como la señal de ser hijos de Dios, pues que es muy propio de los hijos acudir á su padre para demandar las cosas que necesitan. Con todo: no espera el Señor nuestras oraciones para concedernos innumerables bienes, y al instante que abrimos nuestros labios, nos favorece dándonos lo que nos conviene. Pues, ¿cómo no tendremos más confianza en nuestras oraciones? ¡Oh Padre de misericordias! Vergüenza me